

separados por la Vía Láctea, el «gran Hai» que forma la frontera, entre uno y otro, y envían por medio de las estrellas volantes sus mensajes á sus antiguos creadores. Entre las constelaciones son objeto de especial atención las Pléyadas como «bauprés de la canoa» y Orión con la cruz meridional y sus estrellas vecinas como «canao de Tamarareti:» estos solos nombres indican ya sus relaciones con la navegación á la que sirven aquellas estrellas de guía más que las otras. El arco-iris es considerado como el arco para flechas ó como tendón brillante, y de aquí que se le tenga por presagio de guerra: más generalmente, sin embargo, se le mira como escalera por medio de la cual suben las almas de los caudillos al cielo.

Las frecuentes emigraciones de los polinesios de una á otra isla y el trato que entre sí sostienen así en tiempo de paz como en la guerra, crearon cierta suma de conocimientos acerca del mundo en que vivían y aun sobre el extraterrenal, es decir las estrellas, en cuanto éstas les fueron necesarias para sus expediciones. Esto no obstante, apenas cabe decir que estos conocimientos fuesen verdaderamente geográficos. El erudito Tupaia enseñó á Cook, durante el primer viaje de éste, una especie de mapa en que estaban dibujadas algunas islas polinesias: los nombres con que él las designaba eran bastante exactos, no así su situación y magnitud. G. Forster considera verosímil que este cartógrafo polinesio «trazó sólo llevado de su imaginación este mapa del mar del Sud para darse aires de gran penetración y ciencia y quizás inventó algunos nombres pues de ellos indicó más de 50.» Lo cierto es que la mayoría de estas islas no se encontraba ni aproximadamente en la situación que les atribuía Tupaia y algunas no existían en parte alguna. Algunos hombres inteligentes poseían conocimientos bastante exactos de las islas vecinas comprendidas en un pequeño circuito, distinguían las islas llanas (coralinas) de las montañosas (volcánicas) y sabían si estaban ó no habitadas y si su población era permanente ó sólo temporal. El hermano del caudillo Raraka, por ejemplo, dibujó exactamente delante de Wilkes, con creta, en la cubierta del buque, todas las Paumotu que conocía y le citó tres que efectivamente fueron más tarde descubiertas. A pesar de todo, no ha de ser esto considerado como extenso círculo científico.

La ciencia de los polinesios descansa principalmente en la solidez del hilo de la tradición, pues el conjunto de condiciones dentro de las cuales viven no podía facilitarles la creación de nuevas conquistas espirituales. Por esto se daba gran importancia á la conservación de lo que la tradición había transmitido y por esto también una de las principales tareas de aquella parte de la población que tenía á su cargo la custodia de los tesoros espirituales, era aprender y conservar lo que la tradición enseñaba. Si dividiéramos su ciencia habríamos de mencionar principalmente la mitología, la tradición histórica y la astronomía: he aquí lo que aprendían en Tahití los *tata ó rovo*, en Nueva Zelandia los *tuhungas*, etc., quedando completada toda esta ciencia con algunas nociones de medicina. Una parte de este tesoro se mantenía secreta y por esto los sacerdotes de Whare Whanianga iniciaban en Nueva Zelandia á los niños predestinados en su ciencia oculta, después de haberles hecho sufrir un examen acerca de su aptitud para guardar secretos, haciéndoles para ello comer la raíz de *toitoin*. De noche se instruía á los niños en las *whakapapas* ó genealogías. En las maderas históricas encontraban aquéllos marcados con diversos adornos en las muescas los principales nombres (véase el grabado 1 de la pág. 437) y cuando llegaban á ser *tuhungas* ó sacerdotes, se dejaban conocer por medio

de determinadas palabras secretas. En Hawai la obligación de guardar un secreto se expresaba mímicamente poniendo los brazos cruzados sobre la espalda. Entre los medios para guardar un secreto figuraban, además, las extravagantes escrituras misteriosas que algunas veces se empleaban también para fines terrenales. Los cantos tradicionales que se recitaban en las ceremonias para las purificaciones estaban bajo la custodia de los sacerdotes ó cantores consagrados. Además de la tradición religiosa había otra profana, cuyos representantes figuraban, cosa extraña, entre las clases más ínfimas de la sociedad, al igual que nuestros cantores ambulantes. Esta tradición abarcaba principalmente los recuerdos históricos, los cantos heroicos y los mitos convertidos en cuentos de viejas. En las Marquesas había al lado de los *tahunas* ó sacerdotes encargados de guardar las tradiciones, los *kokis ó kaios* que, al igual que los poetas ó escaldas de los príncipes de Hawai, hacían las veces de profetas y de bardos: en las islas de la Sociedad, los *taata pari* ó sabios eran los guardadores de las leyendas y los *pehes* cantaban las metamorfosis de los dioses en hombres. En los cuentos de viejas se referían á los niños las hazañas de los antiguos héroes.

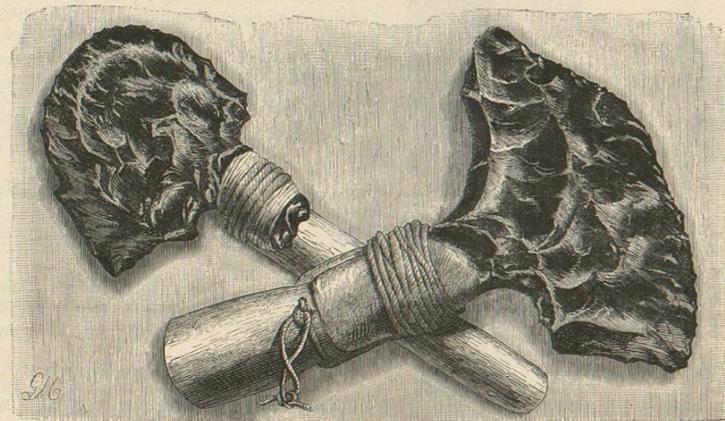
Entre los sacerdotes se desarrolló una especie de ciencia médica cuyos pocos principios fundamentales verdaderamente buenos eran sofocados por las manipulaciones de la hechicería y por actos ultralujuriosos. La noción que estos pueblos tienen acerca de la estructura del cuerpo humano es sumamente defectuosa á pesar de la vivisección que los horrores de los sacrificios humanos traen consigo. El tahitiano cree que la vida y el ánimo residen en el vientre y lo que nosotros expresamos con la palabra corazón lo califica él de intestinos ó bajo vientre. En cambio, entienden estos pueblos como nosotros que la cabeza es la residencia de la inteligencia y de la facultad de pensar y de aquí que esta parte del cuerpo sea, especialmente en Nueva Zelandia, objeto de una veneración especial que llega hasta al tabuaje de los cabellos. Entre los medios racionales que se emplean para el tratamiento de las enfermedades, ocupa el primer lugar el masaje que en Hawai se aplica contra toda clase de males, especialmente contra los reumáticos: los caudillos se lo mandan hacer con todas las reglas del arte por dos personas versadas en esta manipulación.

El idioma polinesio posee nombres numerales que permiten contar hasta centenas de millar. La cifra 400,000 = *lehu*, ceniza, parece haber sido considerado como límite máximo de la posibilidad de contar: los números mayores de 400,000 se denominan en Hawai *nalovales*, es decir que se salen del horizonte, olvidados ó perdidos. Por regla general, el 5 y el 10 son las secciones naturales del sistema aritmético polinesio: la palabra *tou-ja*, es decir «cálculo 4» constituye como 40 una unidad especial en las Marquesas y en Hawai. Para facilitar la numeración, empléase en Hawai el sistema, tan perfeccionado en el Perú, de hacer nudos en unos cordones: los caudillos cuando cuentan atan en manojos tiras de hojas de cocoteros: los neo zelandeses utilizan los bastones con muescas para marcar los acontecimientos históricos (véase el grabado 1 de la pág. 437).

La cronología se rige por los meses lunares que en Tahití son 14 y llevan los nombres siguientes: Poroso Mui, Poroso Muri, Mureha, Uhi Eya, Whirre Amma, Taowa, Whirre Erre Erre, Tearre, Otetai, Narehu, Wahau, Pipirri, Eununu y Umannu. Parece justificada la hipótesis de que hay entre estos meses algunos intercalados que sólo se añaden en algunas ocasiones: G. Forster, fundándose en los nombres, ha señalado como á tales el segundo y el séptimo. La concor-

dancia con las estaciones del año que dependen del curso del sol es tanto más probable cuanto que los nombres de los meses se refieren, en muchos casos, á la agricultura y á los fenómenos de la vida de las plantas: los siete primeros meses tahitianos citados significan, por ejemplo, época del fruto del pan, *Uru*. Así como aquí encontramos 14 meses, en Nueva Zelandia hay 13 y aun entre estos el décimo aparece duplicado; pero como los meses se calculan por 29 noches, este mes intercalado no puede ser completo, porque de lo contrario se faltaría á la concordancia con el año solar. Por lo demás, existen entre los neo zelandeses otras muchas diferencias basadas en el carácter especial de la naturaleza de su nueva residencia. Como los nombres de los meses fundados en la vida natural de los trópicos y en la agricultura no eran ya apropiados á su objeto, se echó mano, en parte, para contar los meses de los números; y pudo muy bien suceder que, dado que el número 10 es el

que prevalece en todo el sistema numérico de los polinesios, hubiera al lado del año de 12 meses otro de 10. Los nombres de los meses y el comienzo del año son en las diversas islas tanto más diferentes cuanto que existen, en Rotuma por ejemplo, indicios de un segundo sistema cronológico, según el cual la división del año, que sólo cuenta seis meses, depende de que se vean ó no las Pléyadas. A estos indicios se debe que en una serie de islas el principio del año caiga en un mismo tiempo, á saber en el solsticio de invierno del hemisferio Sud, es decir á fines de junio ó á principios de julio. Cuéntase también por generaciones, y este cómputo alcanza en Rarotonga á 29 generaciones y en Mangarewa á 27, abarcando por ende un número respetable de siglos; pero luego entra ya en la esfera del mito, como de ello nos ofrece un ejemplo el rey Tamatoa de Raiatea que hace arrancar la serie de sus antepasados del mismo Tangaroa.



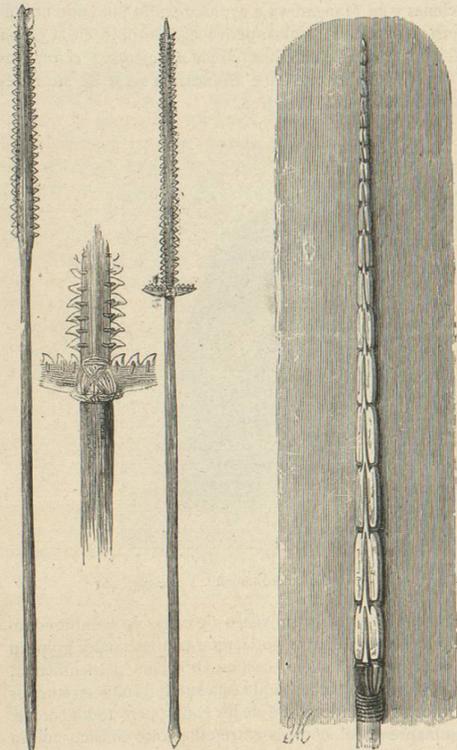
Hachas de obsidiana, de la isla de Pascua (Museo Británico, Londres) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño. Véase pág. 461

El canto y la danza ocupan una gran parte de la vida de los habitantes de las felices islas de la zona tropical: la ruda naturaleza no ahoga sus impulsos artísticos. Los maoríes cantan mientras dura su trabajo y también cuando danzan, cuando reman, cuando juegan y cuando van á la guerra: gústanles también los cantos en los cuales los coros alternan con los solos. El carácter de sus cantos no es sin embargo, alegre, aun cuando algunos de ellos tengan condiciones de tales: la primera vez que Cook los oyó, produjéronle el efecto de algo muy solemne. El tono es generalmente grave, los cuartos de tono son muy frecuentes y las melodías son sencillas y agradables, por más que no siempre se sigan rigurosamente el compás y el ritmo. Los polinesios tienen un talento especial para medir las sílabas y algunas veces también para rimar. En las grandes representaciones se ejecutan danzas sin cantos, entre las cuales se intercalan monólogos y diálogos y hasta comienzos de un drama, que consisten en la exposición mímica de un desafío que suele terminar á puñetazo limpio. Repugnan en estos espectáculos las indecencias de que casi siempre van acompañadas las danzas y la costumbre de torcer la boca de las maneras más asquerosas. Todas estas diversiones y los mismos desafíos parecen haber adquirido extraordinario desarrollo en Tonga: Anderson, el compañero de Cook, describe en los siguientes términos una representación musical allí ejecutada. «Diez y ocho hombres se colocan en el ancho círculo formado por los espectadores: cuatro

ó cinco de ellos están provistos de cañas de bambú cerradas por abajo y abiertas por arriba, con las cuales golpean constantemente el suelo, casi en dirección perpendicular, llevando un compás lento: de esta suerte producen sonidos distintos según la longitud de las cañas, pero todos sordos. Para mantener el compás entre ellos, otro músico golpea con dos palos en otra caña de bambú rajada colocada en el suelo delante de él que produce sonidos tan claros como apagados resultan aquéllos. El resto de esta cuadrilla de músicos entona una melodía lenta y tierna, cuyo efecto suaviza de tal manera las roncadas notas de los sencillos instrumentos que ninguno de los circunstantes, por muy acostumbrado que esté á oír las armonías más artísticas, puede dejar de reconocer la fuerza y la agradable sonoridad de esta sencilla música.» Otras veces se golpea con dos palitos á modo de baquetas de tambor un tronco de árbol hueco, siendo de notar que los tonganeses sólo prestan cierta atención entre todos los instrumentos músicos europeos, á los tambores, bien que los consideran muy inferiores á los suyos (véase el grabado 2 de la pág. 437). Es digno de notarse que los mismos tambores de Hawai coinciden exactamente con las formas asiático africanas. Las flautas de bambú y las trompetas hechas con conchas de mariscos abundan bastante (véase el grabado de la pág. 440).

Forman también parte del número de danzas los juegos de guerra y de armas, los asaltos á que tan aficionados se muestran esos pueblos, los combates y los pugilatos, ejer-

cicios en los cuales tomaban parte, en tiempo de Cook, las mismas muchachas. Como juego de armas tenían especialmente los hawayanos el de tirar la lanza, para lo cual empleaban palos de hibiscus más largos que un hombre y en cuya punta había en vez de hoja de metal un pedacito de tapa. Estos ejercicios no tenían por objeto simplemente divertirse, sino también adquirir cierta destreza; así es que se profesaba especial afición al arte de parar los golpes. Algunos viajeros antiguos ya hicieron notar que la afición á los juegos era uno de los rasgos más notables del carácter de los insulares polinesios: uno de esos juegos ofrecía



Lanza con dientes de tiburón, de las islas Gilbert (Museo Etnográfico, Munich) $\frac{1}{18}$ de su verdadero tamaño.

Una punta de lanza de huesos, de las islas Gambier (*Christy Collection*, Londres). Tamaño verdadero.

Véanse págs. 462 y 463

mucha semejanza con nuestras damas, con la diferencia de que el tablero era más grande, pues tenía medio metro de largo, y estaba dividido en 238 casillas, habiendo de éstas 14 en cada línea. Otro juego consistía en ocultar debajo de un pedazo de tela una piedra y en dar un golpe con un palito de modo que se diera precisamente en ella: en este juego las apuestas desempeñaban naturalmente el principal papel. Además, los polinesios se entretenían en las carreras de muchachas y niños que también eran motivo para grandes apuestas. Los juegos de los hawayanos eran, antes de la introducción del cristianismo, en su mayoría juegos de azar y su principal atractivo consistía en el lucro, razón por la cual los misioneros los prohibieron: en su consecuencia, los hawayanos produjeron durante mucho tiempo en el ánimo de los que los visitaban la impresión de pueblo excesivamente formal y casi triste. A pesar de todo, se ne-

cesitaba muy poco para hacer revivir en ellos su antigua pasión. En un juego llamado juego *lala*, arrojaban tan lejos como podían una piedra redonda denominada *maika* y apostaban en una sola tirada sus bienes, su mujer, sus hijos y los huesos de sus brazos y de sus piernas para después de su muerte. En cierto modo era también un juego de azar el nadar entre los escollos con el auxilio de una plancha ó de una percha: á este ejercicio se dedicaban los hombres y las mujeres, especialmente de Hawai, demostrando en él valor y habilidad grandes.

Los juegos de los niños son allí, como en todas partes, en primer término imitaciones de los actos de sus padres: los barcos pequeños son uno de sus principales juguetes. También danzan y juegan como los adultos con pelotas, tirando al aire varias de estas á la vez y recogéndolas ni más ni menos que los títereros. Los muchachos neozelandeses tienen una afición particular á hacer volar cometas. Tienen también otro juego que exige no poca habilidad y que consiste en arrojar al aire una pelota hecha con hojas bien atadas y en recogerla alternativamente con las dos afiladas puntas de un palo. Son además frecuentes los juegos de prestidigitación, en los cuales demuestran estos pueblos gran destreza.

CAPÍTULO III

TRAJE Y ARMAS DE LOS POLINESIOS Y MICRONESIOS

«Su traje excedía á lo que esperábamos y nos hizo considerar la figura de aquellas gentes muchísimo agradable que la de todas cuantas hasta entonces habíamos visto.»

J. FORSTER.

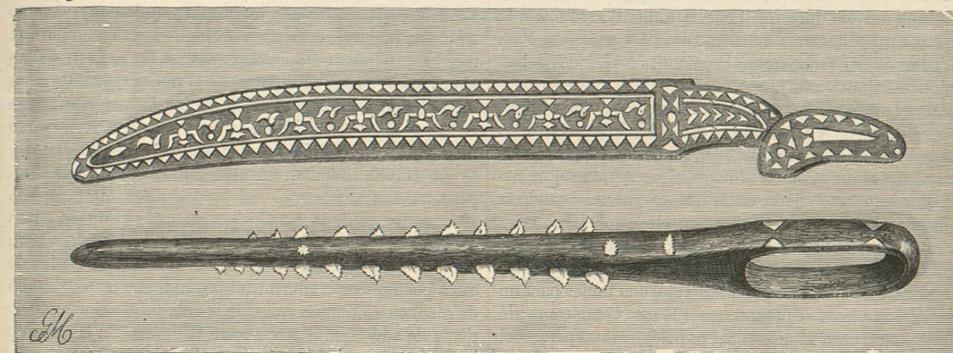
Traje y adornos. Tatuaje. Otras desfiguraciones corporales. Adorno de plumas. Objetos de adorno. Telas de corteza. Esteras de tapa. — Armas y utensilios. Falta de hierro. Preparación de la piedra. Preparación de la madera para armas. Lanzas. Mazas. Fabricación limitada de arcos y flechas. Hondas. Industria.

El grado de cultura de los polinesios se manifiesta, con claridad pocas veces vista, en su aspecto exterior, es decir en su traje, en sus adornos y en sus armas. Viviendo bajo un hermoso cielo y rodeados de agua por todas partes, los micronesios y polinesios son pueblos que se bañan mucho y son por ende limpios. Desgraciadamente destruyen los efectos de esta buena condición untándose á menudo y de una manera exagerada con aceite de coco ó escupiéndose y frotándose después del baño con el meollo de coco previamente mascado. Prefieren los baños de agua dulce á los de mar, y á unos y á otros los consideran como eficaces remedios para muchas enfermedades. Siempre que pueden, después de tomar un baño de mar, se sumergen en agua dulce para desprenderse de la sal que temen ha de empañar el brillo de su piel. Báñanse las paridas con los recién nacidos y también los moribundos aquejados de grave enfermedad.

Como en todas partes, ocupan en Polinesia un lugar preferente las desfiguraciones artificiales y los adornos del cuerpo. En Tahití, Samoa, Hawai y en las Paumotus, se ven algunos casos de deformación del cráneo, tales como el achatamiento de su parte posterior y la prolongación en punta de la región del vértice, pero en ninguna parte aparece esta costumbre tan marcada como entre los vecinos mallikolos, en donde el aplanamiento del cráneo se halla muy extendido: algunos pueblos, como los maoríes, no la tienen, según parece. El achatamiento de la nariz aparece

entre los tahitianos y los insulares de Yap; la extirpación de un testículo se practica en Polinesia y en Micronesia, al parecer con el fin de preservar de enfermedad: con mucha frecuencia se agujerea el tabique nasal para colocar en el orificio plumas ó, como vió Cook en Nueva Zelandia, flores. En los lóbulos auriculares agujereados se ponen á manera de adornos pedacitos de roca verde, dientes humanos y de tiburón, plumas y flores: en la isla de Pascua y en Micronesia los lóbulos auriculares se convierten en largos apéndices por medio de pesados clavos de madera. Los marquesanos llevan en las orejas conchas y los micronesios se agujerean muchas veces el borde superior de la oreja. El tatuaje en ninguna parte ha llegado á tener el grado de perfección y de importancia que entre esos pueblos. En Polinesia, los hombres, por regla general, se tatúan más que las mujeres (véase el grabado de la pág. 441): en algunos puntos, sin

embargo, el tatuaje es igual en ambos sexos y en Nukuor sólo se tatúan las mujeres. La costumbre de tatuarse el rostro no era en manera alguna peculiar á todos los polinesios y especialmente á los raratonganeses y tribus vecinas, pero sí á los maoríes que estaban con ellos en íntimas relaciones. Cuenta la tradición que los maoríes no tuvieron hasta después de su inmigración la costumbre de pintarse el rostro de negro antes de ir á la guerra y que habiéndose hecho las guerras cada vez más frecuentes, Rauru introdujo la costumbre de hacer las líneas permanentes por medio del tatuaje. El ejemplo de otros pueblos demuestra que puede muy bien haber contribuido á la costumbre de tatuarse el deseo de aparecer terribles en el combate. Y aun han desaparecido, desde la introducción del sistema de lucha de los europeos, algunas especies de tatuajes propias para inspirar especial terror, conocidas con los nombres de



Espadas de madera de Rupak, islas Palaos (Museo Británico, Londres). $\frac{1}{3}$ de su verdadero tamaño. Véanse págs. 462 y 463

Moko Kuri y Moko Papa. Además, entre otras ventajas se atribuye al tatuaje la de hacer desaparecer las diferencias de edad, pues con él los jóvenes parecen viejos y los viejos jóvenes. Finalmente, no hay que olvidar el objetivo de adornar el cuerpo, objetivo expresado en una canción maorí que cantan los que presencian el acto del tatuaje para distraer al que es objeto de éste:

¡Trácese cada línea!

En el cuerpo del hombre grande y rico
Haced que las figuras tomen una forma elegante.
En el hombre que no tiene con qué pagar,
Hacédselas torcidas y abiertas.

Es indudable que, en el fondo, este adorno ha nacido aquí, como en otros lugares de Polinesia, de las ideas religiosas, pues el tatuaje es considerado cosa sagrada que practica el sacerdote acompañándolo de oraciones y de cantos. Las figuras que con más frecuencia se graban en el cuerpo son serpientes y lagartos, animales sagrados, y de aquí que en Nueva Zelandia el tatuaje se denomine *Moko*, es decir serpiente, lagarto, etc. En Samoa es evidente que existe íntima relación entre el tatuaje y la doctrina de Atúa, es decir del dios tutelar en forma de animal, lo cual explica la dificultad que allí encontraron los misioneros para acabar con el tatuaje. En muchos territorios micronesios, pero no en todos, el tatuaje ha venido á quedar reducido á simple adorno, siendo aplicado á capricho. En Nukuor, en donde el tatuaje sólo es obligatorio para las mujeres y va acompañado cuando de éstas se trata de largas ceremonias religiosas, reviste formas determinadas: entre los hombres, los dibujos no obedecen á regla fija alguna. Las mujeres que han

de ser sometidas al tatuaje, permanecen durante los tres meses que preceden á la ceremonia encerradas en un templo, luego se bañan en el mar y sufren después la operación que se les hace sólo en una pequeña parte del abdomen. En Radak, la que ha de ser tatuada pasa la noche anterior á la ceremonia, considerada indudablemente como sagrada, en la casa del caudillo, quien pide á los dioses un buen augurio. La leyenda de Tobi, según la cual un espíritu, Yarris, mata á los que no están tatuados, tiene un sabor marcadamente antiguo. En las islas de la Sociedad, en las Marquesas, en las Paumotus y en las Carolinas, la importancia de las diferencias de clases estriba en el tatuaje: la plebe sólo se tatúa la cintura, al paso que los *eris* ó arikis se distinguen por las figuras grandes y redondas con que se tatúan todo el cuerpo. Los dibujos ó la riqueza del tatuaje representan entre los micronesios la posición social del que los lleva, hasta el punto de poder afirmarse que quien va con él adornado no pertenece á la clase de esclavos. La dignidad de caudillo se refleja siempre en el tatuaje: muchos *pilunes* (caudillos superiores) apenas están tatuados, y en cambio no faltan plebeyos, pertenecientes á la clase de libres, tan adornados de esta manera que el tatuaje les cubre casi por completo el cuerpo. A menudo los niños van más tatuados que los hombres. En Rotuma, distínguense las castas por el tatuaje; en las islas Marschall sólo los caudillos pueden tatuarse las mejillas; en Mortlock la diferencia de rangos se conoce por los grados de tatuaje de las piernas. Las dos mitades del cuerpo están con frecuencia tatuadas de una manera distinta, y en estos casos el lado derecho aparece más adornado que el izquierdo.

Entre los maoríes, transcurrían años antes de que el cuer-